

Gamberismo gráfico

En el tronco de un árbol está grabada la silueta de un corazón con dos iniciales dentro. Huella recordativa seguramente de una pareja amorosa que por aquí pasó, y reposó, y quiso que los demás se enteraran que en este lugar se habían jurado por centésima vez eterno amor. Como si al prójimo, que también tiene sus amorcitos, le importara ni pizca el idilio de una pareja desconocida.

Menos mal que la corteza de este viejo árbol es dura y resistirá la incisión. Llegará incluso a borrarla con la renovación anual de su epidermis.

Aviados están los tortolitos si en sus corazones no ha dejado su afecto una huella más profunda que la que quisieron perpetuar en este inocente árbol.

Pero tal vez su prurito de grafiar el testimonio de sus amores no se ciña únicamente a las cortezas de árbol. Porque más arriba, en las paredes de la solitaria ermita, también llaman la atención los perfiles de otros corazones y otras iniciales. Incluso hay nombres completos, con todas sus letras, y fechas abusivas acompa-

ñadas de la fecha en que tuvo lugar el acontecimiento.

Créense, ¡oh vanidad de vanidades!, que sus particularísimos sentimientos son tan trascendentes para el mundo que merecen ser perpetuados en monumentos seculares. ¡Qué les importa a ellos la estética del edificio y su valor artístico arqueológico! ¿Qué de malo puede haber en el hecho de dejar pruebas de su apasionado amor en unas paredes, por más históricas que sean? ¿Y no fué también al pie de algunos monumentos que vimos inscripciones parecidas? ¿Y en las columnas de un pórtico románico?

Si no fuera añadir un pegote más a esos edificios y monumentos, pediríamos que se les colgara un cartel prohibitivo, tal como se hace en otros lugares, así como en el cine se pone «Se prohíbe fumar», allí podría ponerse «Se prohíbe rubricar y avalar estos lugares con firmas insolventes e irresponsables.»

Pero sería inútil. Seguramente que al día siguiente de haberlos colgado parecerían garabateados descaradamente. Hay personas que son así.

Xavier

Cuando el cine en su pureza expresiva de imágenes y de diálogo alcanza acentos tan definitivos como esta versión del drama de Shakespeare, se desvanece como por encanto todo el artificio y todos los artilugios de que se vale el cine de lo monumental y lo grandioso, para soliviantar de admiración a las masas ávidas de espectáculos superficiales, de los que solo ante el sentido de la vista, tienen razón de ser. Con «Julio César» contemplamos en la pantalla una de las tragedias de más hondura universal del coloso de Strafford-on-Avon, su verbo de una hondura perenne halló en la figura de César toda la grandiosidad y pudo dar a su pensamiento un vuelo inimaginado solo alcanzable por los verdaderos genios.

Joseph L. Makiewicz director del film, y también autor del guión técnico, ha reportado el texto shakesperiano de manera que el protagonista del film es el denso contenido psicológico de la gran tragedia, obrando la cámara y el ambiente, a pesar de perfectos tanto la una como el otro, de la misma forma que en las tragedias de Esquilo obraba el coro, convirtiéndose en la misma carne de la tragedia para dar a la acción del corifeo en su diálogo con el coro, todo el contenido universal de su cosmo trágico. La cámara y el ambiente en este caso hacen hincapié remarcando la acción de la obra, nunca ante poniéndose al verbo trascendente de la tragedia.

La continuidad filmica de la cinta tiene un mérito extraordinario, ya que la obra teatral llevada con todas sus esencias al cine puede resultar un fracaso cayendo una lentitud desprovista de gesto y en una pesadez gravitatoria de los personajes, que redunde de una frialdad en toda la acción, si no se da a la misma toda la agilidad

y hondura interpretativa y el gesto mesurado, entre grandielocuente y austero que requieren los planos cinematográficos en su montaje filmico. Todo ello ha sido plenamente logrado en «Julio César» donde esta continuidad filmica de que hablamos más arriba tiene su exponente en las escenas, para formar la Escena, que comienza en la escalinata del Senado cuando un amigo de César quiere entregarle un pergamino en el cual le pone en guardia contra sus enemigos, evitándolo uno de los senadores conjurados para su asesinato; sigue el parlamento de César en el Senado el canto fúnebre de las veintitrés cuchilladas; la aparición del criado de Marco Antonio; el parlamento de éste con los senadores; la secuencia de la soledad de Antonio con César muerto, magistral; el parlamento de Bruto al pueblo intentando explicar el porqué del asesinato de César y finalmente, el eje de toda la tragedia, Antonio, habla al pueblo soliviantándolo, sin que ni la masa se de cuenta, contra los asesinos.

La interpretación es ajustadísima. James Mason en «Bruto» quizá en la mejor interpretación que le hemos visto. John Cielgud en un «Casio» cuya ambición y envidia llega a sobrecogernos indudablemente el teatro de Shakespeare no tiene secretos para este gran actor. Marlon Brando, sobrio, y el soberbio actor de siempre en un Antonio que quizá no soñará ni el mismo Shakespeare. Louis Calhern, el gran actor de «La jungla de asfalto» impecable a Julio César. Deborah Kerr y Greer Garson intachables y a un gran nivel en sus cortas apariciones ante la cámara.

«Julio César» es una película de las que no se olvidan rodada en blanco y negro y la proyecta con muy buen criterio el cine Windsor, en pantalla normal.

Luis Bosch, C.

Hostal de La Gavina

Barbería BASART

STILO
PINTURA - DECORACION
A. Guimerá, 6

Agua de MALAVELLA
Representante SEBASTIAN MESTRES

A. M. C. O. Transportes Reunidos
MATERIALES PARA Paquetería - Encargos
CONSTRUCCION Carga general - Camionajes
CONSULTE PRECIOS E ITINERARIOS a:
San Juan, 15 - Teléfono 24 - SAN FELIU DE GUIXOLS